

Título del original en inglés: *Collected Papers*
© 1989 by Dulwich Centre Publications

Traducción: Alcira Bixio

Primera edición, Marzo de 1994, Barcelona.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© by Editorial Gedisa, S. A.
Muntaner, 460, entlo., 1.ª
Tel. 201 60 00
08006 - Barcelona, España

ISBN: 84-7432-475-0
Depósito legal: B. 8.960/1994

Impreso en Libergraf
Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Impreso en España
Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o cualquier otro idioma.

Índice

INTRODUCCIÓN	13
1. El cuento de la gatita Dory	17
2. Una buena revolución merece otra	21
3. ¿Sofocar el problema o encontrarle una solución?	40
4. David Epston: "Una reflexión"	45
5. En recuerdo de Hatu (Hayden) Barlow (1973-1985), Cynthia Barlow, David Epston, Mike Murphy, Lynn O'Flaherty y Louise Webster	50
6. ¿Eres un candidato para entrenarte en karate mental?, David Epston y Ben Cole	80
7. Vigilancia nocturna. Tratamiento de los temores de la noche	84
8. Perdedor en casa y ganador fuera de casa	107
9. Contrasueños	110
10. ¿Competencia o cooperación?	120
11. Entrevista con David Epston	125
12. Algunos casos de rechazo escolar	131
13. ¿No crees que deberías hacer una reserva?	137
14. Crecer es una decisión seria que no puede tomarse a la ligera	142
15. Dos historias paralelas	145
16. Usted nunca nos dijo que éramos malos padres	151
17. La familia que cargaba con una maldición	155
18. Un intercambio justo	158

Un intercambio justo

Sally me telefoneó una noche y me contó, muy abatida, que estaba deprimida como consecuencia de un aborto reciente. Me relató además un episodio anterior que había superado mediante antidepresivos y gracias a un tratamiento psiquiátrico. Me confesó que no quería volver a someterse a ese tipo de tratamiento y me preguntó si yo podía ayudarla. Le respondí que estaba dispuesto a entrevistarme con ella una vez y que luego veríamos qué se podía hacer.

Nos reunimos poco tiempo después. Sally tenía aproximadamente 35 años y era una profesional independiente. Para caracterizarse, la joven utilizó una metáfora relacionada con el cine: "es como si viera películas en negativo dentro de mi cabeza", como le había ocurrido durante la anterior depresión, provocada aquella vez por un parto en el que el niño había nacido muerto. Le pregunté pues si hasta ahora en toda su vida, no había podido *dar* a luz. Me respondió, muy afligida, que efectivamente, nunca había podido hacerlo. Me contó entonces que había sido adoptada por una familia donde ya había cuatro niños y que sus padres adoptivos habían sido extremadamente generosos. Aún entonces, la madre de Sally continuaba congregando en su casa a los niños de los vecinos y ofreciéndoles bizcochos y golosinas. Además, Sally se sentía incómoda por el hecho de que su vida profesional y su cultura excedían las posibilidades de sus padres, a quienes caracterizó como "personas muy sencillas". Sin embargo, tenía que admitir que ellos la admiraban, una situación que la desconcertaba. A su vez, Sally miraba con respeto a su madre adoptiva que, a pesar de tener su propia familia, ya numerosa, le había hecho lugar a alguien más.

Recientemente, la depresión la había agobiado tanto que Sally se sentía incapaz de continuar administrando su empresa de videograbaciones educativas. El día anterior a su llamada telefónica, muy a su pesar, había deci-

*Publicado en *Australian & New Zealand Journal of Family Therapy*, 6, 2, 1985, págs. 114-115.

dido registrarse en la oficina de desempleo, porque se sentía incapaz de continuar trabajando. Al mismo tiempo estaba desesperada por haberlo hecho, pues ya no podía seguir su vida laboral y temía por el futuro. También me dijo que algunas de sus amistades se habían vuelto hurañas porque ella no podía *darles* lo suficiente.

Le pedí que me diera más detalles sobre el tratamiento que había seguido durante la primera depresión y que aparentemente había tenido éxito. Sally me confesó entonces que se había sentido sumamente incómoda a causa de la amabilidad con la que la trataban los psiquiatras. En realidad, sentía que el desequilibrio era tan marcado que decidió *retribuir* los favores del mejor modo en que sabía hacerlo: consiguió patrocinadores y realizó un vídeo educativo sobre diagnóstico de la depresión destinado a circular entre los médicos practicantes. En la filmación incluyó los nombres de varias mujeres que habían superado la depresión posparto, entre ellos, el suyo propio. El vídeo ponía de manifiesto el heroísmo de esas mujeres y que gracias a él, éstas habían podido sobreponerse. Escribir el guión y filmar ese vídeo la había afectado profundamente y tenía la esperanza de que la filmación también pudiera ayudar a otras mujeres. Le pregunté si coincidía conmigo en que volvía a sentirse cómoda cuando lograba *retribuir* lo que recibía. Sally estuvo de acuerdo.

Miré la hora y decidí hacer un resumen para poder concluir la sesión en el horario exacto. Le dije: "Su curación es evidente para mí y pronto lo será también para usted. Sally, usted ya se ha curado y quizás ha curado también a muchas otras mujeres que no tienen la oportunidad de reconocérselo o de *darle* las gracias. Yo le agradezco en nombre de ellas. Usted conoce muy bien el heroísmo de esas mujeres, así como conoce el suyo. Su curación ya se dirige derechamente a donde debe; le aconsejo que mañana, al despertarse, observe durante una hora su propio vídeo y repita esta práctica todos los días". Sally no tuvo inconvenientes en cumplir con lo encomendado.

Luego le dije: "Ahora bien, estoy muy interesado en la cuestión de los vídeos. En realidad, Geraldine Slattery, coordinadora de audio y vídeo del *Australian and New Zealand Journal of Family Therapy*, me pidió recientemente que contribuyera con algunos de los vídeos que realizo al trabajar con las familias". Revisamos juntos la sección de audio y vídeo del periódico y yo le pedí consejo sobre algunas cuestiones técnicas, formato Umatic versus formato VHS, edición, si convenía o no agregar comentarios, etc. Así pasamos una hora y cinco minutos; se lo hice notar y le comenté que ella me había dado a mí más de lo que había recibido y que por eso estábamos "mano a mano" y no debía pagarme honorarios por la consulta. Yo le había prestado un servicio, pero Sally me había prestado un servicio que duró cinco minutos más. La joven quedó muy complacida con el arreglo.

Cuando estaba a punto de marcharse, le pregunté a Sally si quería ver algunos de mis vídeos y darme su opinión profesional sobre ellos. A ella le pareció bien. Le telefoneé una semana después y Sally me respondió que quería ver los vídeos pero que estaba demasiado ocupada con varios pedidos de filmación. En la breve conversación que mantuvimos no se mencionó la depresión. Un tiempo después también le escribí para sugerirle que sería muy valioso para otras mujeres que ella llevara un registro escrito de cómo descubrió una solución para su depresión mirando y escuchando su propio vídeo o cómo había redescubierto su solución original: "Darle esto a otras personas puede ser lo más generoso que puedo hacer por ellas".

Volví a telefonearle seis semanas después, Sally me comentó que ya no se sentía deprimida, que veía la vida desde una perspectiva positiva y que tenía muchos deseos de ver mis vídeos. Cuando le pregunté si había hecho el registro que le sugerí, me contestó que aunque había querido hacerlo, la respuesta parecía siempre escapársele. Lo único que había podido establecer es que yo le había permitido quedar "mano a mano". Le respondí que coincidía con ella, pero en el fondo de mi espíritu pensé que yo había recibido la mejor parte.

Marcel Mauss, un antropólogo francés que escribió a comienzos de este siglo, al referirse a la cultura maorí, afirmó:

Uno regala lo que en realidad es una parte de la naturaleza y la sustancia de uno mismo. Por consiguiente, recibir algo es recibir algo de la esencia espiritual de alguien... sea lo que fuere, alimentos, posesiones, mujeres, niños o ritos, aquello que se regala continúa teniendo una influencia mágica y religiosa en quien lo recibe.

Recibir sin retribuir o sin recompensar aun más, es exponerse a la subordinación, convertirse en un cliente, en un subalterno, convertirse en un ministro, en alguien que hace lo que otro dispone (1977).

Referencia bibliográfica

Mauss, M., 1977: *The Gift: Forms and functions of exchange in archaic societies*, W. W. Norton, Nueva York.

19

Cada cual con su propia aflicción*

La señora Rutherford** me llamó por teléfono para pedirme una entrevista urgente. Su hija Charlotte, de 17 años, había agredido físicamente a su hermana Carolyn. Esta fue internada en el hospital, pues en un primer momento se creyó que tenía la mandíbula fracturada, pero al día siguiente le fue dada el alta. Si bien la mandíbula no estaba quebrada, Carolyn había sufrido una agresión considerable. Combiné con la señora Rutherford para encontrarme con toda la familia, salvo con Carolyn, que en aquel momento se hallaba afuera. Yo hubiera preferido esperar a que la joven regresara, pero la señora Rutherford insistió en que dos semanas era demasiado tiempo.

El señor Rutherford era contador y su esposa, una vez que las hijas crecieron, había comenzado a participar activamente en un movimiento de voluntarias. Además de las gemelas, el matrimonio tenía otra hija de 13 años llamada Robyn, que era una niña extremadamente equilibrada. Los Rutherford llegaron puntualmente a la entrevista. La madre me aclaró que ya habían estado viendo a otro terapeuta familiar durante seis sesiones y que, aunque no habían logrado resultados duraderos contra los arranques de cólera y la violencia de Charlotte, consideraban valiosa aquella experiencia. Me dijo que había aprendido que la conducta de Charlotte no era atribuible a un mal desempeño de la madre. Estuve de acuerdo con ella en cuanto a que aquél era un descubrimiento extremadamente importante, aunque me pareció que se podía haber llegado a esa conclusión con cinco sesiones menos. Le dije que se trataba de un problema muy sencillo y que ciertamente podrían haberlo resuelto en una sola sesión. Observé que los Rutherford se quedaban perplejos ante mi insistencia en esta cuestión. Por lo menos, el estado de perplejidad había reemplazado al estado de des-

Publicado en *Australian Journal of Family Therapy*, 5, 4, 1984, págs. 287-289.

**Todos los nombres y el apellido son ficticios.